

6

El itinerario del análisis de los sistemas-mundo o cómo resistirse a la construcción de una teoría

Para la mayoría de las personas, el término «teoría» evoca un conjunto de ideas interconectadas que se caracterizan por la claridad, la coherencia y la rigurosidad, y de las que pueden derivarse explicaciones de la realidad empírica. Sin embargo, el término indica también el final de un proceso de generalización, y por lo tanto una clausura, aunque solo sea provisional. Cuando se construyen explicaciones plausibles o adecuadas de fenómenos complejos, anunciar que se llegó a la formulación de una teoría a menudo conduce a la finalización prematura de la actividad científica, y por ende puede resultar contraproducente. Cuanto más complejo es un fenómeno, mayor es la probabilidad de que esto suceda. En tales casos, muchas veces es mejor explorar la realidad empírica sobre la base de intuiciones teóricas pero sin que estas actúen como una limitación. Como esto es lo que seguramente sucede en la explicación de los sistemas históricos, fenómenos de gran escala y a largo plazo, hace tiempo que me resisto a la denominación *teoría* de los sistemas-mundo para describir el trabajo que realizo, e insisto en que me he dedicado, en cambio, a su *análisis*. Lo que sigue es el relato del itinerario y el desarrollo de una no teoría, a la que denomino análisis de los sistemas-mundo.

En mi caso, el relato comienza en la década de 1950, cuando ingresé en el programa de posgrado en sociología de la Universidad de Columbia. Mi principal interés empírico era la política contemporánea estadounidense y mundial. En aquel entonces, el departamento de

sociología de Columbia era considerado el baluarte del funcionalismo estructural, y estaba especialmente orgulloso de consagrarse a investigaciones que combinaban la teorización de Robert K. Merton con los enfoques metodológicos de Paul F. Lazarsfeld. Lo que no siempre se señala es que Columbia era también el centro de un nuevo e importante subcampo de la sociología: la sociología política (Wallerstein, 1995c). En esos años, el cuerpo docente (incluyendo profesores invitados) estaba compuesto por S. Martin Lipset, Daniel Bell y Johan Galtung, todos académicos destacados en el ámbito de la sociología política, además de Robert S. Lynd, C. Wright Mills, Herbert Hyman, Ralf Dahrendorf, Daniel Lerner y Lazarsfeld, todos ellos investigadores en sociología política, aunque con otras denominaciones.

La sociología política era un campo fértil en pleno crecimiento. Uno de los primeros comités de investigación de la recientemente creada Asociación Internacional de Sociología tomó la sociología política como tema. El Consejo de Investigación en Ciencias Sociales subvencionó un proyecto de largo aliento a través de su Comité de Política Comparada. Se me hizo evidente que tenía que dedicarme a la sociología política.¹

Sin embargo, en algún sentido yo no era el sociólogo político típico. No creía que la Guerra Fría entre el «mundo libre» occidental y el «mundo comunista» soviético fuera el principal enfrentamiento político en el escenario posterior a 1945. El principal conflicto era el que oponía a las naciones industrializadas con lo que se dio en llamar el Tercer Mundo,² también denominado lucha entre el centro y la periferia, y luego, entre el Norte y el Sur. Por ese motivo, elegí estudiar el cambio social contemporáneo en África.³ La década de 1950 fue un período en que el mundo occidental por primera vez tomó en serio lo que sucedía fuera de su propio reducto. La Conferencia de Bandung de 1955, que reunió estados independientes de Asia y África, fue una instancia de autoafirmación del mundo no occidental, que reclamó una participación plena en la política mundial. Y 1960 fue el Año de África, el año en que 16 estados africanos obtuvieron su independencia; fue también el año de la crisis del Congo, que condujo a la intervención abierta de las Naciones Unidas en su guerra civil, una guerra civil plagada de interferencias externas.

En el año 1960 conocí a Frantz Fanon, un autor al que leía desde hacía tiempo y cuyas teorías tuvieron una influencia importante en mi trabajo. Fanon era un psiquiatra de Martinica que se convirtió en militante del Frente de Liberación Nacional de Argelia. Su primer libro, *Piel negra, máscaras blancas* (publicado originalmente en francés en 1952), trata sobre el impacto psíquico de la dominación blanca en los

negros. El libro volvió a circular y se reeditó en la década de 1990, y todavía se considera de enorme pertinencia para los debates contemporáneos acerca de la identidad. Sin embargo, la obra que le dio fama mundial fue su cuarto y último libro, *Los condenados de la tierra* (publicado en francés en 1961, con prefacio de Jean-Paul Sartre, justo antes de que Fanon muriera de leucemia a edad temprana). En cierto modo, el libro se convirtió en el manifiesto de los distintos movimientos de liberación nacional del mundo, así como del Poder Negro de Estados Unidos.

En la mejor tradición de Freud y Marx, Fanon buscó demostrar que ciertos aspectos que parecen irracionales, en particular el uso que esos grupos hacían de la violencia, eran, en el fondo, muy racionales. El libro no era un mero llamado a la acción con el fin de encender la polémica, sino el producto de una investigación en ciencias sociales de carácter reflexivo, que hacía hincapié en un análisis cuidadoso de la base social de la racionalidad. En esa época, yo escribí varios artículos con la intención de explicar y defender la obra de Fanon (Wallerstein, 1968, 1970, 1979) y volví a ocuparme del tema en mi discusión acerca de Freud y la racionalidad de mi discurso como presidente de la Asociación Internacional de Sociología, en 1998 (Wallerstein, 1999).

La década de 1960 fue un período de sucesivas declaraciones de independencia en África. También fue la época de las primeras dificultades postindependentistas, reflejadas no solo en la crisis del Congo sino también en los sucesivos golpes militares. Como yo me dedicaba a analizar la escena contemporánea, constantemente me invitaban a explicar esos nuevos acontecimientos. Hubo un momento en que sentí que estaba a la caza de titulares y que ese no era el papel adecuado para un cientista social. En 1965, mientras realizaba un trabajo de campo sobre el movimiento para la unidad africana, decidí probar un nuevo enfoque, de mayor alcance espacial y temporal. Presenté tres versiones de un primer acercamiento a este enfoque en tres universidades africanas: Legon, en Ghana; Ibadan, en Nigeria, y Dar-es-Salaam, en Tanzania.

El interés en este nuevo análisis me llevó a embarcarme en dos nuevos proyectos cuando regresé a Columbia. En primer lugar, abrí un curso que incorporaba este análisis extendido, que recibió una buena respuesta de los estudiantes. Al mismo tiempo, el departamento nos pidió a Terence Hopkins y a mí que diéramos un curso sobre metodología del «análisis comparado», que nosotros convertimos en una crítica del «estudio comparado de sociedades nacionales». Escribimos un artículo en colaboración, donde evaluamos los métodos utilizados en el pasado (Hopkins y Wallerstein, 1967).

En segundo lugar, emprendimos un proyecto ambicioso de análisis de contenido para sistematizar las proposiciones que aparecían en los innumerables artículos que supuestamente utilizaban el método comparado. Convocamos a unos 20 estudiantes de posgrado, hablantes de distintas lenguas, como asistentes, para que completaran una ficha por cada artículo leído. Nunca publicamos este enorme análisis de contenido, porque descubrimos que la mayor parte de los artículos supuestamente «comparativos» lo único que hacían era comparar un país algo «exótico» con el país de los autores (a menudo, Estados Unidos). Lamentablemente, demasiados autores comparaban los datos que habían recolectado en el país exótico con el recuerdo o las suposiciones que tenían acerca de su propia realidad, que nunca se analizaba empíricamente. Algo andaba muy mal.

En esos años, descubrí unos artículos maravillosos de Marian Malowist en el *Africana Bulletin*, una publicación académica poco conocida de africanistas polacos. Malowist era especialista en historia económica de los siglos XIV a XVII. Escribía principalmente acerca de Europa oriental, pero también acerca de la expansión colonial y el comercio del oro entre la costa occidental y el norte de África en los siglos XIV y XV (Malowist, 1964, 1966). Los artículos fueron importantes para mí por dos motivos: por un lado, me llevaron a leer otros textos de Malowist, y gracias al primer artículo de Malowist conocí *El Mediterráneo* de Fernand Braudel (1949, 1966).⁴

Fue en ese momento cuando mi crítica al estudio comparado de las sociedades nacionales, combinada con mi descubrimiento del mundo del siglo XVI gracias a Braudel, hizo que tuviera la peregrina idea de cambiar la orientación de mi trabajo rumbo al análisis de los sistemas-mundo. Considerando que, como tantos otros, yo me refería a los estados africanos y a otros estados poscoloniales como «naciones nuevas», se me ocurrió que entonces también tenían que existir «naciones viejas», que a su vez habrían sido naciones nuevas. De modo que decidí investigar cuál había sido el comportamiento de las naciones viejas (principalmente, Europa occidental) cuando eran naciones nuevas, es decir, en el siglo XVI. Esta no fue una buena idea porque se basaba en premisas de la teoría de la modernización, que más adelante yo rechazaría por completo (Wallerstein, 1976a). Los estados de Europa occidental del siglo XVI no podían equipararse a los estados del Tercer Mundo del siglo XX.

Por suerte, yo leía tanto a Malowist como a Braudel.⁵ En Braudel encontré dos conceptos que desde entonces han sido centrales en mi trabajo: el de economía-mundo y el de *longue durée*. De Malowist (y más tarde, de otros autores polacos y húngaros) tomé el análisis del pa-

pel de Europa oriental como periferia emergente de la economía-mundo europea en el siglo XVI. A continuación, paso a desarrollar esos tres conceptos.

En *El Mediterráneo*, Braudel problematiza el concepto de unidad de análisis. El mundo mediterráneo, afirma, es una «economía-mundo». El término proviene de la obra de un geógrafo alemán, Fritz Rörig, de la década de 1920, que hablaba de *Weltwirtschaft*. Braudel tradujo el término no como *économie mondiale* sino como *économie-monde*. Como ambos dejaríamos en claro muchos años después, la distinción era crucial, ya que se trataba de la diferencia entre *économie mondiale*, que significa «economía del mundo» y *économie-monde*, que significa una «economía que es un mundo» (Braudel, 1984a: cap. 1, en especial, pp. 21-24). Las dos traducciones difieren, en primer lugar, en términos conceptuales. En la segunda, el mundo no es una entidad reificada dada dentro de la cual se construye una economía; más bien, las relaciones económicas definen los límites del mundo social. La segunda diferencia es geográfica. En la primera traducción, «mundo» es equivalente a planeta; en la segunda, se refiere solamente a un gran espacio geográfico (dentro del que se encuentran muchos estados) que, sin embargo, puede ser, y a menudo es, más pequeño que el planeta, pero que también puede abarcar el planeta entero.

De inmediato me enfrenté a un problema. Las lenguas romances permiten hacer esta diferenciación con facilidad mediante el uso de un sustantivo adjetivado en vez de un verdadero adjetivo (es decir, *économie-monde* en lugar de *économie mondiale*). En alemán directamente no puede hacerse tal distinción morfológica, dado que la lengua solo permite utilizar el sustantivo adjetivado, que acompaña al sustantivo al que modifica formando un sustantivo compuesto. Esta es la razón por la cual el término de Rörig, que solo podía interpretarse en contexto, pasó inadvertido. La lengua inglesa se encuentra en un lugar intermedio desde el punto de vista morfológico. El término de Braudel puede traducirse agregando un guión (*world-economy*, o «economía-mundo», en lugar de *world economy*, o «economía mundial») y así se convierte el adjetivo en sustantivo adjetivado, y el guión indica el vínculo indisoluble entre las dos palabras, que conforman un único concepto (Wallerstein, 1991b).

Luego combiné el concepto de «economía-mundo» de Braudel con la idea de Polanyi de que existían tres modos de comportamiento económico, denominados reciprocidad, redistribución e intercambio (Polanyi, 1957: cap. 4; 1967, 1977). La reciprocidad hace referencia a lo que yo denomino minisistemas (es decir, sistemas pequeños que no son sistemas-mundo), y la redistribución y el intercambio se refieren a lo que

yo llamo las dos variantes de los sistemas-mundo: los imperios-mundo y las economías-mundo.⁶ El sistema-mundo moderno es una economía-mundo capitalista: el capitalismo solo puede existir en el marco de una economía-mundo, y una economía-mundo solo puede funcionar bajo principios capitalistas. Expuse estos argumentos en todos mis escritos. La primera versión (y la más leída) de este razonamiento se encuentra en «The rise and demise of the world-capitalist system: concepts for comparative analysis» (Wallerstein, 1974b).

Luego tuve un segundo problema lingüístico. Con Braudel, considero que las economías-mundo son estructuras orgánicas, que tienen vida, con un comienzo y un fin. Por lo tanto, tienen que haber existido múltiples economías-mundo (y por supuesto, múltiples imperios-mundo) en la historia de la humanidad. Por ese motivo, con cautela, no me refiero al análisis del sistema-mundo, sino de *los* sistemas-mundo. Esto puede parecer obvio, pero fue la piedra angular de un ataque feroz de Andre Gunder Frank en la década de 1990. Según él, nunca hubo más que un único sistema mundial, cuya extensión espacial fue la ecúmene euroasiática, durante 25 siglos por lo menos, y que en los últimos cinco siglos se extendió al mundo entero (y por este motivo, no habría necesidad de guión o plural alguno). Obviamente, Frank utilizaba criterios distintos para definir los límites de un sistema. Esos criterios iban acompañados por la afirmación de que el concepto de capitalismo era irrelevante para la discusión, ya que había existido siempre o bien nunca había existido.⁷

Si la unidad de análisis apropiada del mundo moderno es la del sistema-mundo, y si hubo múltiples sistemas-mundo en la historia de la humanidad, entonces el concepto de Braudel de temporalidades sociales múltiples pasa a ocupar un lugar central. Braudel escribió *El Mediterráneo* (1949) con una estructura básica. Relata la historia tres veces, de acuerdo con tres temporalidades: la duración corta, la duración media y la duración larga. Sin embargo, fue en 1958 cuando explicitó esta decisión fundamental en su célebre artículo «La historia y las ciencias sociales. La larga duración».

En ese artículo, Braudel no escribe sobre tres temporalidades, como podríamos suponer, sino más bien sobre cuatro, ya que agrega la «duración *muy* larga». Cada una de las temporalidades recibe un nombre. La duración corta es la *histoire événementielle*, la duración media es la *histoire conjoncturelle*, y la duración larga es la *histoire structurelle*. Acerca de la duración muy larga dice que «si existe, no puede ser sino el tiempo de los sabios» (Braudel, 1969a: 748). La traducción de cada uno de los términos es problemática,⁸ pero el asunto crucial es epistemológico. Braudel se concentra en el hecho de que durante los últimos

150 años, las ciencias sociales han visto una escisión entre modos de saber nomotéticos e idiográficos –*Methodenstreit*–, y la interpreta como una división entre los que solo atienden a las verdades eternas de la realidad social (la duración muy larga) y los que piensan que todo es particular y, por ende, irreproducible (la duración corta). Braudel consideraba que las temporalidades sociales cruciales eran en realidad las otras dos –principalmente la *longue durée*–, con limitaciones estructurales caracterizadas por tres rasgos: no siempre son visibles en lo inmediato, tienen una duración muy larga y su cambio es lento, pero *no* son eternas.

El impacto más inmediato que tuvo en mí este imperativo braudiliano –acerca de las prioridades que los académicos debían otorgar a las diferentes temporalidades sociales– se ve en la escritura de *El moderno sistema mundial*, que no consiste en la búsqueda de las verdades eternas del análisis comparado, que era la norma en la sociología posterior a 1945 (incluso en la sociología política), sino más bien en la historia de un fenómeno singular, el sistema-mundo moderno, sobre la base de un sistema interpretativo que entonces llamaba el análisis de los sistemas-mundo. Braudel lo denominaba *histoire pensée*, que se puede traducir como «historia analítica». Su hincapié en los múltiples tiempos sociales me llevó luego a mayores cuestionamientos epistemológicos.

De Malowist (y luego de otros historiadores de Europa oriental), tomé el concepto de periferia, tal como había sido esbozado inicialmente por los estudiosos de América latina, agrupados en torno a la figura de Raúl Prebisch, en la Comisión Económica para América Latina (Cepal). El uso del término «segundo feudalismo» para describir lo que sucedía en Europa «al este del Elba» entre los siglos XVI y XVIII era muy frecuente desde hacía tiempo, pero lo que no era frecuente, y tal vez hoy todavía no lo sea, era ver que el «segundo» feudalismo fue radicalmente distinto del «primer» feudalismo, y que tener una designación común no le había hecho ningún favor al pensamiento analítico.

En el «primer» feudalismo, las unidades señoriales producían en gran parte para el consumo interno y tal vez para el de pequeñas zonas aledañas. En el llamado segundo feudalismo, las fincas producían para vender a mercados distantes. La idea de que esas unidades formaban parte de la economía-mundo capitalista emergente se convirtió en uno de los temas fundamentales de mi libro y del análisis de los sistemas-mundo. Es más, la noción de que el llamado segundo feudalismo era un rasgo del sistema capitalista ya formaba parte de teorizaciones previas, tanto marxistas como liberales, acerca de la naturaleza del capitalismo. Durante mucho tiempo, se definió al capitalismo a través del

imaginario de la Europa occidental del siglo XIX: obreros que trabajaban en las fábricas (a menudo proletarizados, y sin ser «dueños de los medios de producción»), y recibían como único ingreso el salario pagado por un empleador que pretendía obtener ganancias en el mercado. Tan fuerte era este imaginario, que la mayoría de los analistas se negaban a utilizar la categoría capitalismo para describir cualquier otra empresa organizada con otro modo de compensación del trabajo. En consecuencia, la mayor parte del mundo no podía considerarse capitalista, o bien se decía que *todavía no era capitalista*.

El rechazo de esta visión decimonónica fue un paso crucial en el desarrollo del análisis de los sistemas-mundo. La visión marxista-liberal clásica estaba basada en una teoría de etapas de desarrollo que se producían en forma paralela en unidades de análisis llamadas estados (o sociedades o formaciones sociales). Así se perdía de vista lo que para nosotros era el hecho evidente de que el capitalismo funcionaba en realidad como un sistema en el cual había *múltiples* modos de compensación del trabajo, que iban desde el salario, utilizado ampliamente en zonas centrales y ricas, hasta diversas formas de trabajo coercitivo, típico de las zonas periféricas y pobres (con muchas otras variantes en el medio). Si uno realizara su análisis Estado por Estado, como lo hacía el método clásico, podría observarse que distintos países tuvieron diversos modos de compensación del trabajo, y los analistas podían deducir de esto (y de hecho, lo hicieron) que, algún día, las zonas más pobres reproducirían la estructura de las zonas más ricas. Lo que el análisis de los sistemas-mundo sugería era que este patrón diferencial de la economía-mundo era precisamente lo que permitía a los capitalistas buscar la acumulación ilimitada de capital, y era lo que de hecho hacía más ricas a las zonas ya ricas (Wallerstein, 1979: parte 1). Por lo tanto, se trataba de un elemento estructural y definitorio del sistema, y no un componente arcaico o de transición.

De alguna manera, yo me ocupé de estos conceptos, pero con reservas, aunque estaba seguro de hallarme en la pista correcta. Cuando terminé *El moderno sistema mundial*, me di cuenta de que el trabajo estaba lleno de enunciados analíticos y que contenía toda una serie de dispositivos estructurales, pero que en ningún lugar se los ordenaba de forma sistemática. No me preocupé tanto por la legitimidad del ejercicio como por la posible confusión del lector. De modo que añadí un capítulo final, que llamé «Repetición teórica», y que, sumado al artículo «Rise and demise» (que en gran medida era una crítica del enfoque teórico de otros más un intento de mostrar cómo el cambio de unas pocas premisas aumentaba la plausibilidad de los resultados), constituyó mi aporte teórico inicial al análisis de los sistemas-mundo.

No fue suficiente para la crítica. Muchos, incluso algunos críticos piadosos,⁹ me censuraron por no explicitar lo suficiente mi teoría —creo que el término es «hipótesis falsable»— y alegaron que así mi esfuerzo apenas podía describirse como un relato interesante.¹⁰ También fui criticado por utilizar notas al pie excesivamente largas, «que se desovillaban a lo largo de la página». Para mí, las notas al pie largas reflejaban una estrategia deliberada de construcción de un análisis académico sobre la base de elementos empíricos, y con ellas intentaba mostrar que la reestructuración de los problemas (¿teorizando?) podía aclarar algo que se había convertido en un asunto oscuro.¹¹

Debo señalar que no todas las críticas giraban en torno a la ausencia de reflexión teórica. También se me objetaron cuestiones empíricas. ¿Rusia era realmente un «área externa» en el siglo XVI, como yo afirmaba, o era más bien una «zona periférica» como Polonia (Nolte, 1982)? ¿Cómo pude no haber incluido al Imperio Otomano en el análisis de Carlos V y sus dificultades para construir un imperio-mundo? ¿El Imperio Otomano era realmente «externo» a la economía-mundo europea?¹² Aunque yo podía defender mis elecciones empíricas, las críticas suscitaban problemas de definición (y por ende, teóricos). Para defender mi posición, era necesario pulirla.

Había dos tipos de ataques teóricos fundamentales. Uno argumentaba, desde una perspectiva marxista, que yo había subestimado groseramente la importancia de la lucha de clases y había definido en forma incorrecta el capitalismo. Esta era la crítica de Brenner, que proponía que mi enfoque estaba orientado al «mercado» (tendencia a veces denominada «circulacionismo») y que no respondía al análisis marxista del capitalismo en términos de «clases».¹³ En su artículo, que fue ampliamente leído y discutido y caló hondo en muchos historiadores, Brenner no solo me atacaba a mí, sino también a Paul Sweezy y a Andre Gunder Frank. Los tres decidimos que no íbamos a contestarle, ni de forma conjunta ni por separado. Yo elegí otra vía de respuesta.

Una segunda crítica importante provino de lo que podría denominarse el bando de Otto Hintze. Tanto Theda Skocpol como Aristide Zolberg polemizaron argumentando que el análisis de los sistemas-mundo coloca en una sola esfera fenómenos económicos y políticos, pero que en el plano analítico son fenómenos separados y funcionan sobre la base de premisas bien distintas y a veces contradictorias.¹⁴ Estaban en lo cierto acerca de lo que yo había hecho, por supuesto, pero para mí no era un error, sino una virtud teórica. Los artículos de Skocpol y Zolberg también fueron muy leídos.

Mi respuesta a las dos críticas teóricas aparece en el segundo volumen de *El moderno sistema mundial*, que lleva por subtítulo *El mer-*

cantilismo y la consolidación de la economía-mundo, 1600-1750. Mi intención allí fue demostrar que, contra la versión marxista de Brenner, no hay múltiples formas de capitalismo —mercantil, industrial, financiero— sino que los términos se refieren a las distintas formas en que los capitalistas obtienen ganancias, que eran mejores o peores para los capitalistas particulares según los cambios coyunturales en las operaciones de la economía-mundo. Es más, el itinerario de la hegemonía holandesa representaba una secuencia necesaria. Fue posible gracias a la supremacía (en términos de eficiencia) en las actividades productivas primero, supremacía que llevó a la superioridad en las actividades comerciales después, que a su vez luego condujo a la supremacía financiera; la decadencia de los holandeses siguió la misma secuencia. Con respecto a las lógicas supuestamente independientes del mercado y del Estado, intenté demostrar que, al contrario, una única lógica operaba en el sistema-mundo como un todo y en todas sus partes: las zonas centrales, la periferia y la semiperiferia (en ascenso o declive).¹⁵

También se me hizo evidente cuál era mi táctica. Cada volumen y cada capítulo de los volúmenes subsiguientes avanzan cronológicamente, tratan nuevos asuntos empíricos y presentan nuevos elementos del esquema estructural. No puede discutirse todo al mismo tiempo. Y solo a través del trabajo con datos empíricos complejos resulta claro (o más claro) cómo encajan todas las piezas. Además, decidí utilizar una táctica de segmentos temporales superpuestos. El segundo volumen empieza en 1600, mientras que el primero termina en 1640, y el tercero empieza en la década de 1730, en tanto el segundo termina en 1750. Y así continuará en los volúmenes siguientes. A su vez, los capítulos de cada volumen tienen sus propios límites cronológicos, que a veces no respetan los del libro en su totalidad. Esto se debe a que estoy convencido de que los límites cronológicos, siempre difíciles de establecer, existen en función de los problemas que se tratan. Un mismo acontecimiento puede pertenecer a dos límites cronológicos distintos según el tema que esté en cuestión. La escritura de un relato complejo requiere de un esquema flexible e inteligente.

Por entonces, yo estaba escribiendo también una serie de artículos que se publicaron en distintos lugares. Si se quiere en un mismo artículo (o conferencia) defender el análisis de los sistemas-mundo y a la vez tratar un asunto específico, es necesario encontrar un equilibrio entre la presentación de las premisas fundamentales y los detalles del caso. Traté de decir en cada artículo al menos algo importante que no hubiese dicho antes. Pero, por supuesto, también tenía que repetir mucho de lo que ya había escrito; si no, podía suceder que el público o los lectores no pudieran seguir mi razonamiento. Agrupar esos artículos en co-

lecciones tenía la virtud no solo de facilitar su acceso sino también de ordenar la madeja teórica.

A principios de la década de 1980, me pidieron que diera una serie de conferencias en la Universidad de Hawai. A la vez, una editorial francesa me pidió que escribiera un libro breve sobre el «capitalismo». Le respondí que escribiría el libro, siempre y cuando pudiera llamarlo «capitalismo *histórico*». El adjetivo era esencial para mí, ya que yo quería sugerir que no tenía sentido definir de manera especulativa qué era el capitalismo y luego salir a buscarlo en los hechos. En cambio, mi propuesta era observar cómo este sistema funcionaba en los hechos, y más aún, que solo había habido *un* sistema capitalista, dado que la única unidad de análisis válida era la del sistema-mundo, y solamente una economía-mundo sobrevivió el tiempo necesario para institucionalizar un sistema capitalista. Por supuesto, esto es lo mismo que cuestionaba antes en mi rechazo a considerar el trabajo asalariado como el rasgo definitorio de un sistema capitalista. ¿El sistema es un sistema-*mundo* o hay tantos sistemas capitalistas como estados?

Entonces, di mis conferencias en Hawai sobre el «capitalismo histórico» y las revisé para incluirlas en un pequeño libro. A pesar de su título, el libro tiene muy pocos datos históricos empíricos; en cambio, es una serie de enunciados analíticos sobre cómo funcionó el sistema históricamente y por qué funcionó así. Doce años después, me pidieron que diera otra serie de conferencias en la Universidad China de Hong Kong, y aproveché la ocasión para hacer una evaluación general de la historia del sistema-mundo capitalista. El título de las conferencias fue «La civilización capitalista», y actualmente están publicadas junto con las de la Universidad de Hawai en un mismo volumen (1995b). Ese libro es, entre todos los que escribí, el que más se aproxima a una teorización sistemática. No es posible resumirlo aquí, pero es el único texto en el que pretendo abarcar la mayor cantidad de temas tratados en otros libros y ensayos, y de ver cómo se conectan los distintos aspectos.

En 1976, viajé a la Universidad de Binghamton, donde me reuní con mi colaborador Terence Hopkins. Con él fundamos el Centro Fernand Braudel para el Estudio de Economías, Sistemas Históricos y Civilizaciones (FBC, por su sigla en inglés),¹⁶ del que desde entonces he sido el director. Hay tres cosas que merecen ser señaladas sobre el centro: su nombre, su modo de funcionamiento y sus actividades principales.

El uso del nombre de Braudel responde a la voluntad de expresar nuestro compromiso con el estudio de la *longue durée*, es decir del cambio social a gran escala y a largo plazo. Pero el resto del nombre

del centro es una modificación del subtítulo que la publicación *Annales* tenía en ese momento, *E.S.C.*, que se refiere a «economías, sociedades y civilizaciones», todas en plural. Nosotros cambiamos «sociedades» por «sistemas históricos», de acuerdo con nuestra postura teórica, ya que nos parecía que el término «sociedad» —fundamental para las orientaciones sociológicas generales (Merton, 1957: 87-89)— había llevado a las ciencias sociales por un camino equivocado. En la práctica, los límites del término «sociedad» están determinados por el adjetivo que lo modifica. En el mundo moderno, esos adjetivos siempre son gentilicios: la sociedad holandesa, la sociedad brasileña, etc. El término requería que la unidad de análisis tuviera una estructura estatal, para así extender a los estados actuales su (supuesto) pasado histórico. La sociedad alemana debía entenderse como la sociedad de los «pueblos germánicos», tal vez con 2000 años de historia, aunque el Estado surgió en 1871, y con límites disputados que cambiarían muchas veces.¹⁷ Con el título de nuestro centro hacíamos hincapié, en cambio, en el término «sistema histórico», con el que queríamos señalar una entidad simultáneamente sistémica (con límites y mecanismos o reglas de funcionamiento) e histórica (que había comenzado en algún momento, evolucionó con el tiempo, y finalmente entró en crisis y dejó de existir). El término «sistema histórico» suponía para nosotros una especificación más precisa del concepto de *longue durée*.

El modo de funcionamiento del FBC era, en cierto modo, poco habitual. Suponía un cambio institucional que reflejaba una postura teórica nueva. Hasta ese momento, había dos maneras de hacer investigación dentro de la academia. Una era el programa de investigación individual (o a veces grupal), de investigadores solos o con asistentes cuya función intelectual consistía en llevar a cabo tareas que se les había asignado. La inclusión de asistentes en el proyecto no es más que una versión expandida del académico aislado. La otra manera de hacer investigación era el trabajo en colaboración, en el que varios (e incluso muchos) investigadores o institutos trabajaban en conjunto (tal vez bajo el liderazgo de uno de ellos) sobre un problema común. El resultado era normalmente una obra con muchos capítulos, cada uno escrito por un autor distinto, con una introducción de alguien que intentaba mostrar cómo se vinculaban los capítulos entre sí.

El FBC no buscó institucionalizar la investigación en colaboración sino la investigación colectiva y unitaria. El método fue reunir a un grupo de posibles investigadores para estudiar un problema común, «coordinados» por una o varias personas. Estos grupos reciben el nombre de Grupos de Trabajo de Investigación. Los grupos pasan por una primera etapa en la que definen el tema de investigación y desarrollan una es-

trategia. Luego se asignan tareas de investigación a sus miembros, por lo que este sistema difiere de un proyecto en colaboración: el proceso de asignación de tareas es colectivo y no jerárquico. Los investigadores presentan informes regulares al grupo, que hace una crítica del trabajo y propone nuevas tareas. En consecuencia, los resultados de cada trabajo no son artículos individuales sino una obra integral escrita por muchas manos y pensada para ser leída como un trabajo monográfico.¹⁸ Como resultará evidente de inmediato, este enfoque es la aplicación concreta de la postura sobre la teorización que se defiende en este ensayo y que consiste en evitar la clausura temprana.

A su vez, este enfoque se complementa con el supuesto de que ocuparse de un problema intelectual complejo requiere muchas manos y múltiples habilidades. Más aún, los problemas de ese tipo requieren diversas fuentes de saber social, producto de las distintas biografías sociales de los participantes. Debe señalarse que normalmente los Grupos de Trabajo de Investigación del Centro Fernand Braudel estaban formados por investigadores de diferentes partes del mundo que hablaban distintas lenguas, un factor crucial en la acumulación de saberes múltiples, incluyendo aquellos sepultados en el inconsciente de los investigadores.

La actividad principal de los Grupos de Trabajo ha sido la investigación de una amplia variedad de áreas esenciales que era necesario explorar de acuerdo con la lógica del análisis de los sistemas-mundo. Explorar es aquí la palabra clave. Todos los temas eran importantes y todos presentaban dificultades para la recopilación y, podríamos decir, la producción de los datos apropiados. Todos constituyeron un pequeño avance en la especificación de la arquitectura teórica integral que esperábamos construir. Ninguno incluía hipótesis falsables cuidadosamente delineadas. En cambio, contenían una suerte de nueva conceptualización y utilizaban datos incompletos e inadecuados (aunque eran los mejores que teníamos a nuestra disposición en ese momento, o al menos así lo creíamos). Todos los grupos tenían la intención de rescribir los cánones recibidos del supuesto saber teórico.

Algunos grupos ni siquiera lograron eso, e incluso algunos proyectos debieron abandonarse, pero los que se completaron y fueron publicados incluían temas tales como la relación entre los ciclos rítmicos y las tendencias seculares del sistema-mundo, el funcionamiento de las cadenas transnacionales de mercancías, la hegemonía y la rivalidad en el sistema interestatal, la regionalidad y la semiperiferia, la incorporación de la esfera externa y su consecuente conversión en periferia, los patrones de movimientos antisistémicos, la creación y transformación de los hogares, la tensión entre racismo-sexismo y universalismo, los

orígenes históricos y el desarrollo de las ciencias sociales, la trayectoria del sistema-mundo entre 1945 y 2025, los orígenes de las dos culturas y los desafíos a la epistemología, y, en la actualidad, un gran proyecto acerca de lo que otros llaman globalización, pero que nosotros percibimos como «¿crisis, estabilidad o transformación?». ¹⁹ Por lo general, los proyectos requirieron entre tres y diez años de trabajo colectivo.

El FBC, como otros institutos de investigación, se preocupó por conseguir fondos que posibilitaran su funcionamiento, y por eso presentó proyectos en diversas fundaciones. En las oportunidades en que presentamos solicitudes de financiación a la National Science Foundation o incluso al National Endowment for the Humanities, las evaluaciones que hacían de nuestros proyectos mostraban una combinación de entusiasmo y profundo escepticismo. Pocos evaluadores se mostraban neutrales. A veces obteníamos el dinero y a veces, no. Pero el escepticismo siempre se centraba en cuestiones metodológicas; por ejemplo, en que el método de investigación que proponíamos no era lo suficientemente positivista y, por lo tanto, no era suficientemente científico. Hace 20 años comprendimos que, si queríamos reconstruir el modo en que se realizaba el análisis del mundo contemporáneo, no alcanzaba con presentar datos, por más que se los fundamentara mediante una explicación teórica sólida. Debíamos enfrentar el problema de cómo se sabe lo que pretende saberse o, para decirlo de una forma más adecuada, cuál es la epistemología apropiada para las ciencias sociales.

En la década de 1980, nuestro trabajo enfrentó un segundo desafío: la corriente abarcadora que algunos denominan estudios culturales y otros, posmodernismo y otros «post-». Para quienes trabajaban dentro de ella, el problema no era que teníamos insuficientes hipótesis falsables sino que teníamos demasiadas. Desde esta perspectiva, el análisis de los sistemas-mundo era otro «gran relato» que había que desechar, sin importar lo reciente que fuera. Bien podíamos creer nosotros que desafiábamos el statu quo de las ciencias sociales, pero para esos críticos, encarnábamos ese statu quo. Nos acusaban de haber cometido el pecado mortal de no tener en cuenta la cultura. ²⁰

Como a los demás miembros del Centro Fernand Braudel, a mí también me interesaron esos temas. Podría decirse que formaban parte de nuestra agenda de asuntos pendientes (uno no puede hacer todo al mismo tiempo), pero sin duda el ritmo de la agenda propia se acelera cuando las circunstancias apremian. Supongo entonces que fue por casualidad (aunque, en realidad, nada es azaroso en la historia intelectual) que descubrí a Ilya Prigogine justo en ese momento. Nunca lo había oído nombrar siquiera, pero cuando lo escuché en una conferen-

cia en 1981, me sorprendió oír a alguien formular tan claramente algo que yo ya advertía desde hacía tiempo, pero no con tanta claridad. Y cuando me enteré de que él había recibido el premio Nobel de Química, en ese momento me sorprendí, por no decir que quedé anonadado.

En su carrera de grado, Prigogine estudió Química. Históricamente, los físicos han reprochado a los químicos el no ser lo suficientemente newtonianos, es decir no ser lo suficientemente positivistas. En su descripción de fenómenos como la segunda ley de la termodinámica, los químicos parecen contradecir las premisas de la dinámica clásica; por ejemplo, cuando rechazan la reversibilidad temporal. Los físicos argumentan que estas leyes o descripciones deben considerarse como formulaciones provisionales, básicamente, el producto de un conocimiento insuficiente, y que con el tiempo lo que analizan los químicos será descrito en términos puramente newtonianos. Prigogine recibió el premio Nobel en 1977 específicamente por su trabajo sobre los «procesos de disipación» pero, en realidad, por ser uno de los principales estudiosos de la física de los sistemas que se alejan del equilibrio, centrales para el gran campo emergente de las «ciencias de la complejidad». Es más, al ir avanzando, su trabajo fue ganando en audacia, pues Prigogine no solo afirmaba que los procesos que se alejan del equilibrio existían *además* de los sistemas en equilibrio, sino que sostenía que los sistemas en equilibrio eran un caso muy especial y *raro* de la realidad física, y que esto podía demostrarse en el principal objeto de estudio de la física clásica: los sistemas dinámicos.²¹

No voy a repasar aquí los detalles de su argumentación.²² Lo que resultó central para mi análisis, y en mi opinión para las ciencias sociales en general, son dos elementos interrelacionados del constructo de Prigogine. El primero es la indeterminación fundamental de toda realidad desde el punto de vista físico y, en consecuencia, social. Debería quedar en claro cuál es el significado que se le otorga al concepto de indeterminación. No significa que el orden y la explicación no existan. Prigogine sostiene que la realidad existe como un «caos determinista», es decir que el orden siempre existe *por un tiempo*, pero que luego, inevitablemente, se deshace, cuando sus curvas alcanzan puntos de «bifurcación» (puntos donde existen dos soluciones igualmente válidas para una ecuación), y es *intrínsecamente* imposible determinar a priori qué opción escogerá el sistema frente a la bifurcación. No es que el conocimiento sea incompleto sino que el conocimiento a priori es *imposible*.

Desde que leí a Prigogine, yo planteo que su posición es la del «medio no excluido» (orden determinado y caos inexplicable) y que, en este sentido, puede trazarse un paralelo completo con Braudel, que tam-

bién rechaza la configuración de los dos extremos como antinomias excluyentes (particulares y universales eternos) y afirma que existen órdenes (tiempo estructural) que inevitablemente se deshacen y llegan a su fin (véase el capítulo 5). La postura de Prigogine tuvo dos consecuencias para el análisis de los sistemas-mundo: una fue psicológico-política y la otra, intelectual.

La importancia del aspecto psicológico-político no debe ser subestimada. La ciencia social nomotética se funda en la legitimidad absoluta de las verdades newtonianas, como modelo y como limitación. Que un científico proveniente del campo de las ciencias duras ponga en cuestión estas verdades —y que su cuestionamiento sea plausible—, y que sus objeciones pasen a formar parte del saber serio y sustancial de las ciencias físicas mismas debilita el efecto intimidatorio, omnipresente en las ciencias sociales, de los argumentos presentados por quienes se aferran a metodologías científicas pasadas de moda (por ejemplo, el individualismo metodológico) cuando quienes las concibieron están repensándolas, o más bien (como siempre digo) *impensándolas*, es decir, eliminándolas de nuestro sistema de supuestos internalizados y, por lo tanto, inconscientes.²³

La consecuencia intelectual es todavía más importante. La obra de Prigogine tiene implicaciones inmediatas sobre cómo se realiza el análisis de los sistemas-mundo, y de hecho sobre cómo se lleva a cabo el trabajo en cualquier ciencia social. Permite identificar referentes precisos para el concepto de desarrollo «normal» de una estructura cuando las leyes de esa estructura son válidas y cuando los procesos tienden a retornar al punto de equilibrio (lo que llamamos los «ritmos cíclicos» del sistema-mundo) y distinguir ese período de desarrollo «normal» (el desarrollo que toma la forma de «tendencias seculares») de los momentos de crisis estructural. Los momentos de crisis estructural son aquellos en los que el sistema se ha «alejado del equilibrio» y se acerca a una bifurcación. En ese punto, es posible predecir que el sistema no puede seguir existiendo, pero no qué desvío va a tomar. Por otro lado, precisamente porque en una bifurcación las oscilaciones de la curva son más pronunciadas, cada aporte tiene un impacto más significativo, lo contrario de lo que sucede durante los períodos «normales», cuando una gran cantidad de aportes producen un nivel de cambio pequeño.

Entonces pudimos aplicar el modelo de Prigogine a la transformación de los más complejos de todos los sistemas: los sistemas sociales. Afirmamos, retomando a Braudel y Prigogine juntos, que los sistemas sociales tienen vida: un comienzo, un desarrollo normal y una crisis terminal, y que, en las crisis terminales, el impacto de la acción social

es mucho mayor que en los períodos de desarrollo normal. A ese período lo denominamos la etapa en que prevalece el «libre albedrío».²⁴ Y luego aplicamos todo eso al análisis del sistema-mundo moderno. Así, en la obra colectiva del Centro Fernand Braudel, *The Age of Transition: Trajectory of the World-System, 1945-2025* (1996), sostuvimos, partiendo del análisis de seis vectores entre 1945 y 1990, que el sistema-mundo se encuentra en una crisis estructural y se enfrenta a una bifurcación.²⁵

El segundo aporte de Prigogine fue hacer hincapié en que la reversibilidad del tiempo era absurda, no solo donde eso parecía obvio, como en los procesos de calor o en los procesos sociales, sino en todo aspecto de la realidad física. Prigogine adoptó una frase olvidada de Arthur Eddington, «la flecha del tiempo», y defendió la idea de que incluso los átomos estaban determinados por una flecha del tiempo, por no hablar del universo en su totalidad. En esto también se relacionaba con Braudel, y aquí también fue crucial que el tema lo planteara un científico del campo de las ciencias físicas. Por supuesto, sumaba plausibilidad a nuestra insistencia en que los sistemas sociales eran sistemas *históricos*, y que ningún análisis, en cualquiera de sus niveles, podía dejar de tener en cuenta la flecha del tiempo.²⁶

Así, habíamos sido arrastrados al torbellino de los debates epistemológicos, que en el fondo eran tanto filosóficos como científicos. Estos temas pasaron a ocupar el centro del análisis de los sistemas-mundo. Nuestro aporte fue comprender que la evolución de los debates era un proceso del sistema-mundo moderno, una reflexión que formaba parte de su geocultura. Yo me ocupé de esos temas en *Impensar las ciencias sociales* (2001 [edición original, 1991]). Y en 1993, con un subsidio de la Fundación Gulbenkian, comenzamos a convocar una comisión internacional para el estudio de la evolución histórica de las ciencias sociales, y a contemplar su posible reestructuración.

La conformación de la comisión fue un elemento clave de la tarea. Decidimos que el grupo fuera reducido, de no más de 10 personas, para que fuera posible trabajar. Convocamos a científicos de diferentes disciplinas sociales, y también a algunos del campo de las ciencias físicas, y algunos académicos del área de las humanidades. La integración final fue: seis científicos sociales, dos físicos y dos académicos de las humanidades. Además, convocamos a especialistas de todo el mundo (de los cinco continentes), hablantes de distintas lenguas (nosotros sabíamos cuatro). Con un límite de 10 personas, no pudimos incluirlo todo, pero estuvimos cerca. También queríamos personas que hubieran demostrado un interés previo por los problemas epistemológicos.²⁷

El informe de la comisión, *Abrir las ciencias sociales* (Wallerstein et al., 1996),²⁸ incluye cuatro capítulos. El primero trata acerca de la construcción histórica de las ciencias sociales desde el siglo XVIII hasta 1945. El segundo se ocupa de los tres debates principales que surgieron después de 1945: cuál era la validez de las distinciones entre las distintas ciencias sociales, hasta qué punto respondían las ciencias sociales a una tradición estrecha, y en qué medida era real y válida la distinción entre las «dos culturas». En el tercer capítulo nos preguntamos qué tipo de ciencia social tenemos que construir hoy y desarrollamos cuatro temas: la relación entre los seres humanos y la naturaleza; el Estado como bloque de construcción analítico; la dicotomía entre lo universal y lo particular, y la objetividad. El capítulo final es una conclusión acerca de la reestructuración de las ciencias sociales.

Además de hacer un aporte a la comprensión de la construcción histórica y de los dilemas intelectuales contemporáneos de las ciencias sociales, el informe también apuntaba (aunque en menor medida) a la construcción histórica del esquema más abarcador, el de las «dos culturas». Nos parecía que el paso siguiente en el análisis de los sistemas-mundo era comprender cómo surgieron las categorías del saber, qué papel tuvieron en el funcionamiento del sistema-mundo, y cómo dieron forma al nacimiento del análisis de los sistemas-mundo. Aquí solo puedo referirme a un trabajo en proceso en el FBC, que ha tomado por objeto de estudio precisamente eso: los motivos por los cuales la distinción entre «filosofía» y «ciencia» se convirtió en algo tan central en el pensamiento moderno del siglo XVIII, ya que es fácil mostrar que hasta ese momento la mayoría de los pensadores consideraba que dichos conceptos no solo no eran antagónicos sino que eran convergentes (o incluso prácticamente idénticos). También estamos estudiando las razones por las cuales en los años posteriores a 1945, y especialmente después de 1970, surgieron cuestionamientos a esa distinción en distintos campos. La idea es vincular esos cuestionamientos con la crisis estructural del sistema-mundo (Lee, 1996).

Para el volumen editado por Giddens y Turner en 1987, escribí un artículo acerca del «análisis de los sistemas-mundo» donde llamaba a un debate sobre el paradigma. El artículo empieza así: «El análisis de los sistemas-mundo no es una teoría acerca del mundo, o acerca de una parte de él, sino una protesta contra los modos en que la actividad de las ciencias sociales estuvo estructurada desde su surgimiento, a mediados del siglo XIX» (Wallerstein, 1987: 309). En 1989, di una conferencia luego publicada como «World-Systems Analysis: The Second Phase» (Wallerstein, 1990b). En ese artículo enumeré una serie de tareas inconclusas. El tema clave, afirmaba allí, y uno de los más difíciles de

resolver, es cómo superar la distinción entre tres esferas sociales, lo económico, lo político y lo sociocultural, si hasta los analistas de los sistemas-mundo, yo incluido, a pesar de proclamar a voz en cuello lo espurio de separar las tres esferas tan estrechamente ligadas, continuamos utilizando la lengua de las tres esferas y parecemos incapaces de escaparle. Y en el simposio del milenio del *British Journal of Sociology* del año 2000, hice un llamado a los sociólogos para que avanzaran en pro de la construcción de una nueva disciplina, reunificada, que denomino «ciencia social histórica» (véase el capítulo 10).

Sigo pensando que el análisis de los sistemas-mundo es ante todo una protesta contra las formas en que se practican las ciencias sociales, incluso la teorización, y que, de alguna manera, debemos encontrar descripciones en las que desaparezca la idea misma de separación de la acción social en tres esferas. Sigo pensando que las categorizaciones históricas de las ciencias sociales ya no tienen sentido desde un punto de vista intelectual. Pero si seguimos protestando es porque aún somos una minoría. Y si no podemos resolver el interrogante teórico «clave», tal vez nuestro reducido número sea nuestro merecido: si no lo resolvemos, es difícil convencer a otros de lo irrelevantes que son las categorías disciplinares consagradas.

En consecuencia, sigo pensando que la lucha es ardua, pero también que forma parte de la transformación sistémica en la que estamos viendo y en la que seguiremos todavía por un tiempo. Por eso, sigo creyendo que nuestros esfuerzos valen la pena. Pero debemos estar abiertos a escuchar muchas voces y muchas críticas si queremos seguir adelante. Y por eso creo que es prematuro pensar que lo que estamos construyendo es una teoría.